

que sufrir la nieve y otras veces una lluvia de cenizas ardientes que despiden los volcanes inmediatos á Quito, las que llevadas por el viento, los envuelven en una nube de fuego que no les deja respirar.

No habia obstáculo, sin embargo, capaz de detener á Alvarado y sus campeones, y llega por fin con ellos á vista de Quito.

IV.

*Reunion de Belalcazar y Almagro en Quito.—Preparativos de combate.—Convenio.—Manco, nuevo Inca del Perú.—Se presenta á Pizarro.—Alvarado vuelve á Guatemala.—Pizarro pone la primera piedra de Lima.—Llegada de Hernando Pizarro á España.—Premia el rey á Francisco Pizarro y Almagro.—Querrela.—Preparativos de Almagro para su expedicion á Chile.—Padecimientos de los españoles.—Frio excesivo.—Llegada á Chile.—Rebelion de los peruanos.—Quieren apoderarse de Lima y de Cuzco.—Son rechazados.—Guerra civil entre los españoles.—Almagro entra en Cuzco por sorpresa.—Los hermanos de Francisco Pizarro son hechos prisioneros.—Generosidad de Almagro.*

La aproximacion de un cuerpo de tropas españolas causó la mayor inquietud á Belalcazar, á quien Pizarro se habia incorporado con su pequeño ejér-

cito. ¿Era un aliado ó un enemigo el que se presentaba? Para salir de la duda, los dos jefes reunidos enviaron siete ginetes á la descubierta; pero cayeron en poder de los soldados de Alvarado, quienes los llevaron prisioneros á la presencia de su general. Hizoles este muchas preguntas acerca de la situacion y la fuerza del ejército, y despues de haberlos tratado con el mayor miramiento, los despachó á Quito sin darles recado ninguno para Belalcazar y Almagro: semejante conducta les inspiró desconfianza y se prepararon á combatir.

En esta circunstancia, el infame Felipillo, aquel intérprete que tan odioso papel representó en la historia de la conquista del Perú, se hizo culpable de otra traicion de que esperaba grandes ventajas. Salió clandestinamente de Lima y presentándose á Alvarado, le ofreció que no solo le entregaria á Almagro, sino que le haria dueño de toda la provincia de Quito. Alvarado rechazó con desprecio esta proposicion.

Entre tanto los dos ejércitos avanzaban, y cuando llegaron uno enfrente de otro, se detuvieron esperando cada partido que el otro diese la señal del combate, ó fuese el primero á proponer una reconciliacion. Por ambas partes el punto de honra de los jefes hacia imposible la iniciativa, y sin duda la sangre hubiera corrido, si un hombre prudente y animado de un sincero patriotismo, no hubiese servido de mediador entre los dos ejércitos prontos á degollarse y no hubiese determinado á los jefes

á convenir en una tregua de veinticuatro horas para arreglar las condiciones de la paz. Gracias á este mediador, cuyo nombre no merecia el ingrato olvido de la historia, los jefes lograron entenderse y firmaron recíproco convenio. Belalcazar y Almagro se obligaron á pagar á Alvarado cien mil piastras para indemnizarle de los gastos de su expedicion, y por su parte, el antiguo teniente de Cortés, prometió, que mediante esta indemnizacion se volveria á su gobierno de Guatemala, renunciando á todos sus proyectos contra el Perú; demasiado generoso con el traidor Felipillo, pidió y obtuvo su perdon.

Casi por este tiempo fué cuando murió Titu-Autache, aquel hermano de Atahualpa que debia sucederle en el trono, y transmitió todos sus derechos á su hermano llamado Manco. Este resolvió ir al Cuzco á solicitar la proteccion de Apu (tal era el título que los peruanos daban en su lenguaje al gobernador Pizarro). Los amigos del jóven príncipe quisieron en vano distraerle de este propósito, induciéndole á que sostuviese sus derechos con la fuerza de las armas: en vano trataron de asustarle, recordándole la conducta que habian usado los españoles con su hermano Atahualpa, que al fin habia sido víctima. Manco se presentó en el Cuzco, y no quedó arrepentido de su confianza. Pizarro recibió al Inca con todos los honores debidos á su rango y nacimiento, y entregándole la banda roja, señal distintiva de la soberanía, le reconoció por legítimo emperador del Perú.

Entre tanto Alvarado no quería volverse á Méjico antes de haber visto á Pizarro. Marchando á Quito los tres jefes reunidos, fueron atacados repetidas veces por Quizquiz, perdiendo en estos encuentros hasta catorce soldados muertos y cincuenta heridos; pero sin dejar de perseguir al general indio hasta la ciudad en que se habia refugiado con los restos de su ejército. La situación de Quizquiz era desesperada y algunos de sus oficiales le aconsejaban que pidiese la paz; pero él estaba tan enfurecido contra los españoles, que amenazó con la muerte al primero que volviese á darle semejante consejo: otros le proponían el dar la batalla á los enemigos; pero Quizquiz no se atrevió á tomar tan enérgica resolución: entonces uno de sus capitanes, indignado de tanta cobardía, le mató de una lanzada. Su muerte fué la señal de la dispersion de las tropas peruanas, y los españoles entraron en la ciudad sin hallar resistencia.

Quando Pizarro supo la llegada de Alvarado y el convenio celebrado con él, salió al encuentro de un rival que pudiera ser muy temible, si llegaba á ver el rico botín recogido en el Cuzco. Quando se avistaron le recordó su promesa de volver á Guatemala, y para obligarle á que se volviese cuanto antes, añadió á las cien mil piastras que Belalcazar y Almagro se habian comprometido á darle, un regalo de igual valor, acompañado de muchos vasos magníficos y pedrerías. Alvarado satisfecho, partió para volverse á Guatemala y dejó á Pizarro ca-

si todos los soldados que le habían acompañado en su expedición.

Libre ya de un concurrente cuyos talentos temía, trató Pizarro de llevar á cabo el proyecto, que hacia tiempo tenia formado, de edificar una ciudad que fuese el centro de sus conquistas y la capital de su gobierno. Al tiempo de dirigirse hacia la costa, envió al Cuzco á su asociado Almagro, recomendándole que tratase con la mayor dulzura al Inca y á todos los peruanos que habia dejado en aquella ciudad. Este cambio de conducta era debido á la sagaz política del jefe español.

El paraje que Pizarro escogió para echar los cimientos de la nueva ciudad, era un valle agradable y fértil, no lejos de la orilla del mar y á la embocadura de un río, llamado primero Kimac y despues Lima, á los trece grados de latitud Sud. Puso la primera piedra de esta ciudad el dia de Reyes, y por esta coincidencia la llamó ciudad de los Reyes; aunque hoy solo es conocida con el nombre de Lima. Los trabajos se continuaron con tal actividad, que la poblacion parecia salir de la tierra á la voz de Pizarro. Hizo edificar un palacio magnífico que debia servir para residencia del gobernador, y á ejemplo suyo, todos sus capitanes se apresuraron á construir, á sus espensas y segun su caudal, un gran número de casas.

En este intervalo, Hernando Pizarro partió con la enorme cantidad de oro y de plata que formaba la parte del emperador; estas inmensas riquezas des-

lumbraron los ojos del monarca, y la nación participó de su sorpresa y su regocijo. En todas partes se prodigaron los agasajos y las demostraciones de la mas alta estimacion al hermano del conquistador del Perú, y fué admitido caballero de la órden de Santiago. Su hermano Francisco y Almagro no quedaron olvidados en la distribucion de las recompensas y favores, y se les concedió el título de marqués.

No solo el emperador confirmó á Pizarro en su empleo y funciones de gobernador, sino que aumentó los límites de su gobierno, con setenta leguas marinas á lo largo de las costas del Sud. En la patente de gobernador que le fué estendida, se daba á estas vastas comarcas el nombre de Nueva Castilla. Almagro además del título de adelantado que Pizarro le habia prometido, obtuvo un gobierno independiente, que confinaba con el de Pizarro y tenia mas de doscientas leguas de estension al Sud. El país de que se nombraba á Almagro gobernador, á pesar de que los españoles todavía no habian penetrado en él, era Chile, que en el nombramiento del emperador se designaba con el nombre de la Nueva Toledo.

La noticia de estos diversos nombramientos llegó al Perú antes que volviese Hernando Pizarro, y suscitó al instante vivas disputas entre Pizarro y Almagro. Este pretendia que Cuzco, residencia de los Incas, se hallaba comprendido en el gobierno que le concedia la corte de España, y esta ab-

surda pretension no podia ser admitida por Pizarro. Mediaron entre los dos jefes amargas reconvencciones, palabras irritantes, y estuvo en poco que los españoles diesen á los peruanos el espectáculo de una guerra civil.

Al fin Almagro aventuró algunas proposiciones amistosas á las que Pizarro con su natural franqueza correspondió con disposiciones pacíficas. Pizarro prometia ceder á su antagonista una parte del Perú, si el país que Almagro iba á conquistar no era tan estenso y tan rico como se esperaba: éste que tenia derecho á dudar de la buena fe y lealtad de su asociado, no titubeó sin embargo en aceptar su proposicion, y una ceremonia religiosa concurrió tambien como en la época de su primera asociacion, á consagrar el nuevo tratado concluido por aquellas dos ambiciosos rivales.

Almagro satisfecho, no se ocupaba mas que de los preparativos de sus espedicion á Chile. Reunió un ejército de cerca de seiscientos europeos y un cuerpo auxiliar de quince mil peruanos que Manco le proporcionó. Habia dos caminos para ir desde Cuzco á Chile: el uno atravesaba por unas llanuras que se estendian á lo largo de las costas del mar, y si se tomaba el otro camino, mucho mas corto, pero solo practicable en el verano, era preciso escalar altas montañas, escarpadas y por lo regular cubiertas de nieve, por lo que reina en ellas un frio excesivo. Los peruanos inducian á los españoles á que siguiesen el camino mas largo porque era el

mas seguro y el mas fácil; pero la altivez castellana despreciaba este consejo. Almagro y sus compañeros querian probar á los peruanos que no habia obstáculo capaz de intimidarles y que nada se resistia á sus esfuerzos.

Pero cuando se internaron en aquel horrible país, bien pronto se arrepintieron de su temeraria audacia: el frío era tan horroroso, que para no quedar se helados tenian que estar en continuo movimiento. ¡Desgraciado del que se paraba para disfrutar un momento de reposo y quedaba rendido de sueño; no se despertaba jamás! El hambre que les obligó á matar sus caballos, vino tambien á aumentar sus apuros; y en medio de tan angustiosa situacion todavía tenian que rechazar los ataques de los salvajes, que escelentes flecheros, dejaban tendidos muchos españoles y peruanos.

El ejército de Almagro iba debilitándose y disminuyendo de dia en dia. Muchos españoles, y peruanos todavía mas, se quedaron helados de pié derecho, asaltados y heridos de muerte por el frío. La inmóvil rigidez de sus cadáveres, arrimados á un árbol ó una peña, y conservando la misma postura en que se hallaban al exhalar el último suspiro; les hacia parecer unas estatuas. Si se ha de creer á algunos historiadores, cuando cinco meses despues, este ejército pasó por el mismo camino volviendo del Perú, se encontraron muchos de estos hombres helados en la misma actitud, y teniendo asidas con la mano las bridas de los caballos tan

helados como ellos; los españoles hambrientos comian con ansia la carne de aquellos animales, tan fresca como si los acabaran de matar.

Al fin el ejército, diezmado con tantas plagas conjuradas contra él, llegó á las hermosas llanuras de Chile. Los españoles quedaron gustosamente sorprendidos con el risueño aspecto, la temperatura deliciosa y la fertilidad extraordinaria de la parte menos elevada, que se estiende á lo largo de las costas del mar, de Este á Sud. La situacion de este país tan inmediato al Ecuador pudiera hacer creer que experimentan en él grandes calores; pero debe la suave temperatura de la primavera á la cercanía de las altas Cordilleras ó Andes y Océano del Sud. El terreno es favorable al cultivo de todas las plantas aun las de Europa. Los caballos y el ganado vacuno que se han llevado, sobrepujan en alzada y en robustez á las mejores castas de España, de donde proviene. En fin, este dichoso clima reúne todas las ventajas de la provincia de Quito sin tener sus inconvenientes, porque no hay que temer los huracanes y los temblores de tierra como en esta provincia.

Antiguamente el comercio considerable que se hacia entre el Perú y el Chile, se verificaba por mar desde Lima á Santiago, porque estas dos ciudades se hallan á la orrilla de dos rios y á poca distancia del sitio en que desembocan en el Océano Pacífico ó mar del Sud. Se han edificado á la embocadura de estos dos rios dos pequeñas ciudades: una llamada

Callao, está situada como á dos leguas de Lima, y la otra, á la que se ha dado el nombre de Valparaiso, está á veinte leguas de Santiago. Durante un siglo entero, los navegantes que salian de Callao ó de Valparaiso, temiendo perderse en el gran mar del Sur, no se atrevian á separarse de las costas, que dan un grande rodeo. Se gastaba casi un año en ir desde Callao á Valparaiso, porque nadie ignora que la navegacion siguiendo las costas es mucho mas difícil y peligrosa que en alta mar.

Al fin un piloto audaz encontró nuevo camino: se atrevió á aventurarse en alta mar, donde favorecido de los vientos alisios, navegó con tanta celeridad que no tardó mas que un mes en la travesía.

En aquellos tiempos de ignorancia, un descubrimiento nuevo esponia algunas veces á su autor á grandes peligros, y el genio tenia á veces que sufrir el que su obra fuese mirada como un crimen. El intrépido piloto que tantos derechos tenia á la pública gratitud, fué encerrado en una cárcel, pretendiendo sus acusadores que era un hechicero. Tal vez le hubieran quemado vivo, si no hubiera llevado un diario exacto de su viaje, el que presentado á sus jueces, sirvió para que estos no se atreviesen á condenarle: fué al fin absoluto de haber prestado un eminente servicio al comercio y la navegacion.

Almagro en tanto, hallaba en la ejecucion de sus proyectos de conquista, obstáculos inesperados. Los españoles no tenian ya que habérselas con enemigos débiles, divididos y poco guerreros, como eran

los peruanos: los indígenas de Chile eran audaces, valientes y robustos. Sorprendiéronle al principio las armas de fuego; pero familiarizados bien pronto con los efectos de aquellas detonaciones que tanto les habian asustado, llegaron á las manos con los españoles. Aunque derrotados en todos los encuentros, volvian sin cesar á la carga, y este teson desconcertaba los proyectos de Almagro. Una conspiracion contra sus dias, urdida por Felipillo, contribuyó á que se retardase una conquista que cada vez se hacia mas difícil.

Así que esta conspiracion (sobre la cual no dan detalles suficientes los historiadores españoles) fué descubierta; Felipillo trató de escaparse, pero fué perseguido, juzgado y sentenciado á que le descuartizasen. Antes de recibir el justo castigo de todos sus crímenes, declaró este traidor (1) que sus calumnias habian sido causa de la muerte de Atahualpa.

Cuando Almagro se disponia ya á volver á Cuzco, las noticias que recibió del Perú le hicieron acelerar mas su regreso. Despues de su partida habian prendido al Inca, y cargado de cadenas le

(1) *Este Felipillo de triste recuerdo en la historia de la conquista, era uno de aquellos muchachos indios, que Pizarro recogió para que le sirviesen de intérpretes en su primera expedicion al Perú. Fué efectivamente causa de la muerte de Atahualpa, porque al interpretar las declaraciones de los testigos, las falseaban en contra del desgraciado monarca.—(Nota del traductor.)*

tenían en la cárcel como á un malhechor. Al salir para Lima, el gobernador Pizarro, con un destacamento de tropa, habia confiado el mando á sus dos hermanos Juan y Gonzalo, pero teniendo la imprudencia de permitir á los españoles que dejaba en Cuzco, el que hiciesen incursiones en las provincias que no estaban completamente sometidas. Quedaban pocos soldados en la ciudad, y á favor de estas circunstancias, el Inca prisionero logró que llegase á noticia de algunos jefes de la nacion indígena el mal trato que le hacian sufrir.

Mientras que ellos se concentraban para libertar á su soberano y organizar una insurreccion general contra los opresores de su país, Hernando Pizarro volvió de España y se reunió á sus dos hermanos Juan y Gonzalo, que mandaban en el Cuzco. Fernando, que tan humano se habia mostrado con Atahualpa, no pudo ser indiferente á la triste situacion de Manco, y éste, confiando en la bondad generosa de Hernando, no temió solicitar el permiso de asistir á una fiesta solemne que los peruanos celebraban todos los años á poca distancia de la capital. Hernando consintió, y el Inca, libre por fin, salió para presentarse en la fiesta donde su presencia debia ser la señal de una revolucion.

Los principales de la nacion acuden al instante á esta cita del odio y de la venganza: todos anhelan ponerse bajo la bandera de su soberano, para libertar á su patria del dominio español, y lavar su propia afrenta en la sangre de aquel puñado de tira-

nos, cuya codicia y rapiñas se avergonzaban de haber sufrido por tanto tiempo. Se enarbola el estandarte de la guerra; los peruanos acuden á las armas por todas partes; sorprenden y pasan á cuchillo á los destacamentos españoles que andan aislados por las provincias recogiendo tributos. Bien pronto Manco se halla en estado de marchar al frente del ejército, que los historiadores españoles hacen subir á doscientos mil hombres, contra Cuzco, mientras que otro ejército casi de igual fuerza se dirige hácia Lima.

La ciudad del Cuzco no tardó en ser atacada: los tres Pizarros que defendian este punto, no tenían á sus órdenes mas que ciento setenta españoles. En el primer choque, Juan, uno de los tres hermanos, y el que, segun se dice, era tan compasivo como valiente, fué muerto de una pedrada.

El ataque de las dos capitales se verificó casi al mismo tiempo, lo que impedia el que los pequeños destacamentos españoles diseminados pudiesen comunicar entre sí. Apenas se habian comenzado las hostilidades, cuando ya habian perecido seiscientos españoles á manos de los peruanos, que se apoderaban de sus caballos, de sus armas, aprendiendo de sus mismos enemigos á manejarlas. Hasta se asegura que se atrevieron á disparar armas de fuego. Manco y otros jefes marchaban á la cabeza de sus tropas, montados en caballos que habian caido en poder de los peruanos.

La situacion de los españoles se iba haciendo ca-

da vez mas critica. El Inca, habiéndose apoderado de una parte de la ciudad de Cuzco, bloqueó á los dos Pizarros en el barrio á que se habian retirado con los pocos soldados que les quedaban. No podian esperar sostenerse allí por mucho tiempo: toda comunicacion entre Cuzco y Lima era imposible, y los caminos entre las dos capitales se hallaban tan perfectamente interceptados por el enemigo, que ya habian sido inútiles todas las tentativas de los tres hermanos para comunicarse recíprocamente las noticias. El gobernador Pizarro no sufría menos que sus dos hermanos Gonzalo y Hernando con tan cruel incertidumbre, aunque su posición era mucho mas tolerable que la de sus hermanos. Hallaba en la proximidad del mar los recursos que le faltaban, recibiendo de tiempo en tiempo refuerzos de Panamá que le permitian reparar sus pérdidas.

Tomó entonces una resolución enérgica para obligar á sus soldados á vencer ó morir. Despachó sus navíos á Panamá, y á medida que le iban viniendo reclutas, enviaba pequeños destacamentos mandados por capitanes, cuyo valor y talento tenía bien conocido, para que fuesen á socorrer á los españoles bloqueados en Cuzco. Mas ¿cuál hubiera sido su dolor si hubiera llegado á saber la suerte de estos diversos destacamentos! Setenta caballeros mandado por su primo don Diego Pizarro, fueron sorprendidos, atacados y muertos por los peruanos en un estrecho desfiladero. Gonzalez de Tapia, otro oficial que salió tambien de Lima con ochenta hom-

bres, pereció de la misma manera, é igual suerte tuvieron los dos comandante Morgovejo y Gayeta, que con los soldados que conducian cayeron en manos del enemigo. Mas de trescientos españoles sucumbieron de este modo sin que lo supiese Pizarro.

En fin, gracias á un refuerzo considerable que le trajo Alfonso de Alvarado, hermano del comandante de este nombre, se halló en estado de tomar la ofensiva. Hizo una vigorosa salida y derrotó el innumerable ejército que sitiaba á Lima, persiguiendo á los peruanos hasta las montañas. Un imperioso deber le llamaba á Cuzco, y hubiera querido volar en persona al socorro de sus hermanos, cuya suerte ignoraba: ¿mas cómo habia de abandonar á Lima, la ciudad que él habia fundado, el centro de sus recursos y su único refugio en caso de un revés? Se quedó por consiguiente en esta ciudad, confiando á Alvarado que con su venida le acababa de salvar, la expedición destinada á libertar á sus hermanos.

Alvarado salió para Cuzco con un destacamento de trescientos hombres que pronto fué reforzado con otros doscientos mas. Los peruanos, que tan felices habian sido hasta entonces en sus ataques contra las diversas tropas que iban á Cuzco, creian tambien dar buena cuenta de las que mandaba Alvarado; pero tenían que habérselas con un capitán hábil y experimentado que los escarmentó en todos los encuentros. A pesar de todo, antes que llegase á Cuzco, una nueva peripecia que debemos dar á co-



nocer, había cambiado la escena y hecho que se presentasen nuevos actores en aquel móvil teatro de la discordia y de la guerra.

Almagro había salido de Chile y se dirigía hácia Cuzco, cuando recibió el diploma que trajo Hernando Pizarro, en el que el emperador le nombraba gobernador independiente de los países situados al Sur, mas allá de los límites del gobierno de Pizarro. El exámen de este título le confirmó en su opinion de que el emperador había querido comprender á Cuzco en su gobierno y no en el de su asociado. Resuelto á hacer valer sus pretendidos derechos, marchó contra Cuzco para apoderarse de esta ciudad. Cuando estuvo en sus inmediaciones, supo con asombro que una tercera parte de aquella poblacion, que miraba ya casi como una propiedad suya, había sido consumida por las llamas; que la otra tercera parte estaba en poder de Manco, y que la última tercera parte, aun estaba ocupada por los Pizarros, pero en vísperas de ser espulsados por los peruanos. En tanto que adquiria los datos necesarios acerca de la serie de sucesos que habían producido una situacion tan deplorable, marchó con la lentitud que le aconsejaba la prudencia.

No tardaron en presentársele comisionados de los dos partidos solicitando su amistad y su axilio. El Inca apreciaba las ventajas de una alianza con un guerrero tan temible, tan poderoso como Almagro: los Pizarros por su parte no ignoraban que su alianza con el Inca les sería fatal, y que serian bien

pronto aniquilados con la reunion de las dos fuerzas. Pero Almagro imponia como primera condicion de la alianza la cesion de Cuzco, y no estando el Inca de parecer de cederle su capital, y siendo inútiles las instancias de Almagro para que consintiese en este sacrificio, el general español rompió las negociaciones, atacó á los peruanos y les hizo levantar el sitio de Cuzco.

Desembarazado ya de este enemigo, Almagro intimó á los pizarros que le entregasen la ciudad; pero ellos se negaron á verificarlo. Entonces Almagro avanzó hasta las puertas de la ciudad, y no tardaron en unirsele varios soldados de la guarnicion: su franqueza, su buena fé y su generosidad le habían granjeado partido entre los españoles, que iban aborreciendo á los Pizarros por su dureza y su perfidia. Este refuerzo facilitó á Almagro el que una noche se apoderase de Cuzco por sorpresa, siendo dirigido el ataque con tal prontitud y destreza, que cuando el general y su tropa llegaban á la casa de los Pizarros, todavía ignoraban estos que la ciudad había sido tomada. Intimóseles la rendicion; pero ellos se encerraron, y fortificándose en su casa se defendieron con teson, hasta que agotados todos los medios de defensa, tuvieron que sujetarse á la ley del vencedor, y hechos prisioneros sin capitulacion fueron cargados de cadenas.

Entonces fué cuando Alvarado se presentó con su pequeño ejército delante de la capital sin tener mas que un rio que atravesar para llegar á ella.

Júzguese su sorpresa cuando vió á la orilla opuesta soldados españoles cuya actitud era enteramente hostil. Como ignoraba completamente cuanto habia pasado en Cuzco, no podia comprender el motivo de semejantes disposiciones amenazadoras en unos hombres que vestian el uniforme español. Al fin, Almagro vino en persona á instruirle de la situacion de las cosas, y trató con regalos y promesas de inclinarle á su partido, haciéndole abandonar el de los Pizarros; pero todos los esfuerzos de Almagro se estrellaron en la incorruptible fidelidad de Alvarado.

Habia sin embargo en el ejército del teniente de Pizarro y entre sus oficiales, un traidor que consiguió seducir á una parte de sus camaradas. Concertó tan bien su plan con Almagro, que una noche el ejército de este cayó en medio del campamento de Alvarado, antes que en él se advirtiesen los movimientos del enemigo. Fué hecho prisionero sin que pudiera defenderse porque los conjurados habian tenido la precaucion de quitar sus armas, así como las de sus mas íntimos amigos, para privarles de todos los medios de resistencia. Como la mayor parte de las tropas de Alvarado entraban en la conspiracion, los pocos soldados que se mantuvieron fieles tuvieron que ceder al número y rendir las armas, siendo conducidos á Cuzco con buena escolta.

Ya tenia Almagro en su poder á tres enemigos peligrosos, á tres rivales temibles: consultó á sus amigos lo que debia hacer con sus prisioneros, y

casi todos opinaron que el suplicio de los Pizarros, de Alvarado y de todos los partidarios del gobernador, aseguraria la preponderancia de Almagro sobre su rival y su pacífico dominio en el vasto imperio del Perú. Despues de haberlos escuchado atentamente y convenido en la esactitud de sus razones, Almagro les declaró que no podia seguir su consejo. Fué mas generoso todavia, porque le hubiera sido fácil, marchando inmediatamente contra Lima, el exterminar á Pizarro y su partido, y quiso mas bien mantenerse á la defensiva, dejando á su rival la responsabilidad de dar principio á la guerra civil. Volvióse por consiguiente á Cuzco, á fin de preparar sus medios de defensa, esperando la determinacion de Pizarro.

